

Distopías

Sumario

Adara, la inmortal.....	2
La mujer que sabía demasiado.....	5
Diario íntimo de Pigmalión.....	8

Adara, la inmortal

No es fácil recordar cómo la inmortalidad dividió en dos al género humano. En la memoria de los que nunca la alcanzaron, el suceso se hizo humo de mitos y leyendas mucho antes de que dejara de ser exacto el número de generaciones transcurridas desde que ocurrió.

La memoria de los inmortales es diferente: no la aniebla el extravío de los detalles, sino su exceso. Y aunque algunos de los afortunados iniciaron registros minuciosos de su nueva vida presuntamente inacabable, los ordenadores dejaron de responder a la tecla de encendido poco tiempo después del holocausto. Ya ninguno de ellos se animó a buscar tinta y papel para mantener los anales. No valía la pena. Porque no habría lugares donde guardarlos, tan inacabables serían. Ni se conservarían tanto tiempo como ellos vivieran. Y además, concluyeron, el tiempo transcurrido y registrado siempre abrumaría al tiempo necesario para leerlos.

Pero, ¿cómo fue?

Hubo una vez... Sí, claro, tuvo que ser antes de, ya que el holocausto fue su consecuencia. Por entonces ya se sabía que el ser vivo es una máquina que se repara a sí misma, pero sin la suficiente perfección. Sólo había que ajustarla bien, y la máquina sería eterna.

El hallazgo era inminente. Todos los hombres esperaban vivir para verlo, y verlo para vivir eternamente. Ocurrió. Los poderosos fueron los primeros en alcanzar la eterna juventud. Y una vez conseguida, conspiraron. Porque, ¿no rebosaban de hombres los continentes? ¿No se habían fundido los polos, desbordados los mares, arrasada la Amazonia, extinguidas innumerables especies?

Los hombres fatigaban la Tierra. Y ahora, por añadidura, eran inmortales.

ANPI. El Acuerdo para la No Proliferación de la Inmortalidad sólo fue acatado por los que ya lo eran. Y no impidió lo inevitable. Ninguna reunión de hombres, cualquiera que fuese el título que se le diera, resistió la presión de los mortales pidiendo ser admitidos en el club de los que nunca envejecían. Disturbios en las ciudades. Los primeros gobiernos en ceder se enfrentaron a los gobiernos defensores del Acuerdo. Y los gobiernos defensores del Acuerdo encomendaron la supervivencia del planeta a las armas nucleares.

Aquellas bombas redujeron el número de los humanos a lo razonable. Y cuando nadie fue capaz ya de distinguir el polvo de las cenizas, crecieron los bosques donde no se recordaba que los hubiera habido. La nieve volvía a caer en las cumbres sobre la nieve del año anterior. Especies que se creían extinguidas surgían del Arca de Noé de una previsión disparatada que al final había resultado clarividente.

En algún momento de aquel cataclismo se perdió la máquina de la inmortalidad. Alguien tuvo en su mano, en el último momento, la decisión de destruirla o de conservarla fuera del alcance de los hombres, y decidió esto último. Lo dice un relato diseminado entre mil fábulas: que la máquina está en algún lado, esperando a que alguien la encuentre. Los inmortales lo cuentan con aprensión, queriendo creer que no será cierto y que nada alterará su estado actual. Los mortales, con la esperanza de una revancha.

El género humano volvió a crecer. Muy despacio. Liberándose de todas las taras y monstruos inviábiles que siguieron al gran holocausto. El hombre volvió a tener retos a su medida a los que enfrentarse: rebaños para medrar; cosechas que sembrar y recoger; jabalies, osos, leones con los que probar el valor de sus flechas y lanzas.

Mortales e inmortales viven ahora separados por una envidia atávica, un agravio de eones. La pugna, sin embargo, va cayendo ineluctablemente del lado de los mortales. Porque las muertes violentas, las enfermedades oportunistas (los suicidios también), menguan el número de los inmortales. Entre ellos la procreación es aberrante, un tabú cuya transgresión socava la comunidad, porque los seres traídos al mundo son mortales, y los perpetuamente jóvenes no quieren tener previsión para la vejez y la muerte. La inmortalidad requiere la inmutabilidad en todos los órdenes. Así es todo entre ellos, sus leyes, sus costumbres, sus jefes, y hasta sus vidas interminables. El tedio y la decadencia es el precio que pagan por no envejecer.

Y los que se niegan a pagarlo —un lento goteo— abandonan sus pequeños Olimpos amurallados para buscar la sociedad de los mortales, mezclarse con ellos y robarles un poco de vida...

...

La pareja estaba sentada al sol. A sus espaldas, la pared de boj esmeralda y el fuste gris de las hayas. Delante, la vertiginosa ladera despeñándose hasta el valle.

El hombre hablaba sin levantar la vista. Entre las manos, un cuchillo y una rama. Las palabras salían de su boca como las mondas del palo, concienzudamente.

— Se acaba, Adara. Esto se acaba para mí. Ya ves, yo siempre había hecho esta subida de un tirón, y hoy no sé si podré llegar arriba.

Estaban arrimados el uno contra el otro. La piel de ella, clara y tersa como la madera de boj que desnudaba el cuchillo. La de él, arrugada y áspera como la corteza que arrancaba. Un par de virutas se camuflaban entre las canas de su barba. El seguía cortando pensamientos.

— Todos estos años junto a mí, te habrán parecido un suspiro. Aunque a mi... me han colmado, Adara.

Ella lo rodeaba con su brazo, recostada en su hombro. Su pelo negro caía por igual sobre las espaldas de ambos.

— No digas eso, Ruisko. Tú me has hecho joven. Te lo he explicado tantas veces...! —le dijo ella.

— Y tú me has hecho viejo, Adara. —dijo él—. Todos envidian mi fortuna, envejecer junto a una mujer perpetuamente joven ¡Qué pocos sospecharán lo que puede llegar a doler!

Levantó la vista. Sobre ellos, allá donde el azul no tiene medida, una silueta alada planeaba en círculos tan solemnes como el cielo inmutable. Adara averiguó, como tantas otras veces, la mirada de Ruisko ávida de inmensidad. Hacía años que él ya no subía a los acantilados para acechar el vuelo de los buitres.

Dejar de hacerlo fue su primera claudicación. Luego vinieron otras. Todavía no arrastraba los pies. Todavía podía dar un grito para reunir a los perros a su lado. Pero los hijos ya habían empezado a decirle: déjalo, padre, ya lo haré yo. Y estaba ella, la madre de sus hijos, ella, siempre a su lado, siempre igual, inmutable, siempre joven. Ella lo hacía doblemente viejo.

— Vamos —arrancó él.

Y reemprendieron la subida. Ella a su lado, detrás, disimulando que podría caminar más deprisa. Pretextando una flor, una seta, un trozo de musgo, para que él tomara aliento sin reparar en ello.

Llegaron. El risco dominaba los tres valles. Esperaron.

Al rato los vieron aparecer, apenas unos puntos por debajo del horizonte. Se afianzaron en el borde, el uno en el otro, contra el viento. Uno, dos, tres, cuatro buitres pasaron delante del acantilado, debajo de ellos. El detalle de las plumas remeras; sus tonos cambiantes, tierra seca, tierra oscura, negro; la gorguera blanca. Y cuando ya los despedían, de la nada apareció un quinto, suspendido delante de ellos, inmóvil como la eternidad. Ruisko reventó de gozo. Porque en ese momento, el buitre giraba su cabeza, enfrentándoles con los ojos, como si quisiera hablarles, sonreírles con el pico.

Y con un levísimo gesto de sus alas, se catapultó hacia el cielo.

— ¿Has visto, Adara? ¿Has visto? Se ha parado a mirarnos.

— Si, Ruisko.

— Nunca pensé que vería algo igual. Tenías razón, ha valido la pena subir.

Se sentaron. Comieron. Ella apoyó su espalda contra el tronco de un haya. El se acunó entre sus piernas

— Toma, bebe —y Adara le alargaba una cantimplora pequeña—. Dormirás un poco, y te despertarás con fuerzas para bajar, sin que te duelan las rodillas.

El bebió. Luego dejó extraviada su mirada en el azul, mientras ella le acariciaba las sienes. Y cuando él cerró los ojos, ella empezó a llorar, suavemente al principio. Luego a borbotones. Lloró todas las lágrimas que no habían salido de sus ojos en su larga vida inmortal. Lloró y lloró, hasta que la frente de él estuvo fría como la muerte que era. Entonces apretó los ojos —secó las lágrimas—, apretó los dientes —estranguló los sollozos—, y se puso en pie. Arrastró el cuerpo hasta el borde del acantilado, y lo desnudó, preparándolo para la última visita de los buitres.

Arrancó a caminar. Tenía un trecho muy largo, muchas montañas que subir y bajar hasta llegar más allá de los valles, donde nadie hubiera oído hablar de ella, Adara la inmortal. Y mucho tiempo para decidir si valía la pena vivir sin volverse a enamorar de un mortal.

La mujer que sabía demasiado

– Siéntate. ¿Con leche?

No, no me molesta que fumes.

Tienes motivos para estar con las uñas afiladas. Todos estos años te has sentido traicionada. Nunca te creíste la mentira que te contó tu padre, y ahora te preguntas por qué la madre que te abandonó quiere darte explicaciones.

Yo también he llorado estos años. Pero comprendo que cualquier cosa que te diga sobre mis sentimientos te parecerá una impostura, mientras no entiendas por qué lo hice.

Tenías diez años. Déjame que te cuente lo que me ocurrió, lo que le ocurrió a tu madre cuando tenía esa misma edad.

Yo acababa de hacer la Primera Comuni3n. No, tú no la hiciste. Yo no quise. Sí, la ilusi3n de todas las niñas. Pero no deja de ser un rito tan cruel como la ablaci3n del cl3toris. Te hacen creer que un ojo omnipresente y omnisciente te vigila en todo momento, juzgando sin piedad cada uno de tus actos. Mejor que no pasaras por eso.

¿Sabes lo que es el pecado? ¿Pecado mortal, venial? Yo comulgué en pecado mortal. Me había confesado el día anterior, como todos los niños. Aquella tarde, en el pueblo, robé unas peras. Y al día siguiente comulgaba.

Una niñería, sí. Pero no te imaginas qué angustia puede sentir una niña en el momento de tragar la hostia consagrada, si se siente en pecado mortal, bajo esa mirada escrutadora que está en todas partes y en ninguna, porque en realidad la tienes dentro de ti.

Días después enfermé. Una meningitis de tipo desconocido. Desperté en el hospital. Antes de perder la conciencia, yo sabía que aquella fiebre, el dolor de cabeza, la nuca dolorida, los ojos que no podía abrir a la luz, todo aquello era el castigo por haber comulgado en pecado.

Estuve ingresada varias semanas. Cuando volví a casa y a la escuela, ya no era la misma. Había adelgazado. Me había vuelto una niña taciturna, extraña. Sentía alegría, tristeza, miedo, rabia o felicidad, a golpes y a veces simultáneamente, sin que pudiera explicarme cómo y por qué.

Pude enloquecer. Me faltó poco. Hasta que me di cuenta: percibía lo que estaba a mi alrededor. A todos los seres vivos capaces de sentir, desde el rat3n más pequeño hasta el ser humano.

En clase, mi estado anímico era un compendio incoherente del de mis compañeros, ¿Por qué temblaba yo, si quien salía a la pizarra era otra? ¿Por qué me regocijaba, si detestaba a ese profesor sádico? En la calle, la gente que educadamente se aparta a tu paso, a mí me golpeaba con sus emociones. Un gato agazapado en la copa de un árbol, era un faro emitiendo señales de alerta y de miedo. Y en una visita al zoológico, yo hubiera querido pedir a los empleados que limpiaran el tedio, la angustia y la locura de las jaulas.

Me rescató aprender enseguida a diferenciar las emociones ajenas de las propias, trazar con nitidez la barrera entre mi interior y el mundo exterior, que se había desdibujado.

No es una percepci3n direccional, como la vista o el oido. Es... como olores. Cuanto más cerca, más intensos. Puedes captar la onda emocional de otra persona a través de una pared, de una mampara.

Cuando estás rodeada de gente, no sabes a quién corresponde lo que percibes. Tienes que interpretar: qué está ocurriendo, a quién le importa, por qué. Conjeturas. A veces, el emisor es alguien inmerso en sus

recuerdos, en una ensoñación impenetrable. Entonces buscas a tu alrededor a alguien con la mirada perdida, con la cabeza gacha...

Aquella capacidad me dio poder sobre los que me rodeaban. Yo sabía de cada uno mucho más de lo que ellos se imaginaban. Con mis poderes de bruja defendía al débil, sí. Pero a veces, ni con el más indefenso era lo bastante comprensiva si lo descubría en alguna mezquindad.

Los poderes solo deberían ser otorgados a los puros de corazón. Y no hay nadie así, créeme. Ni la madre que tú adorabas de niña.

Es fácil suponer que fue ese “don”, ese poder, el que me llevó a estudiar Medicina y Psiquiatría. Así he depurado mi capacidad de identificar e interpretar los distintos “olores” que percibo. Las mezclas son difíciles: alegría con pesadumbre, rabia con miedo... Más difíciles aún, si hay más de una persona. Lo peor es la nada, ese estado de apatía inmotivada, sin culpa, ni tristeza, ni ira, ni dolor. Una persona así es invisible para mí. No es un ser vivo. Vivir es desear, padecer, odiar, temer, amar, sufrir. Con razón o sin ella, equivocada o acertada. La vida es la única razón.

Un día pasé junto a una joyería y me golpeó una avalancha de ansiedad y compulsión a la acción. Miré a mi alrededor: había varios hombres al acecho. Imprudentemente, saqué el móvil allí mismo y marqué el 091. La operadora despachó con oficio mi inverosímil aviso: “*gracias, mandamos un patrulla*”. No hizo falta: los delincuentes, alarmados por mi gesto, dieron media vuelta, para desespero de la policía, que había montado una jaula para pillarlos in fraganti.

A los días, me llamaron de Jefatura. Habían revisado las grabaciones del operativo fallido. Allí figuraba yo pasando por la acera, deteniendo mi paso al sentirme golpeada por las presencias, escrutando los alrededores, abriendo el bolso y llamando por teléfono. Así conocí a tu padre. Cuando me interrogó, quise ocultarle la causa de mi clarividencia. En la Facultad, yo había sido examinada ya en dos ocasiones por un equipo multidisciplinar, con resultados tan decepcionantes que prefería olvidar. Pero tu padre ya tenía los antecedentes. Y no estaba interesado en las teorías sino en los resultados.

Empecé, a modo de prueba y como un juego, patrullando el Metro con un secreta más dos uniformados como cebo. Mi indicativo era Papa-Sierra: PS. Yo era el factor Psí de la patrulla. Me excitaba participar en una acción que yo desencadenaba marcando al sospechoso. Carteristas, gente que estaba en busca y captura. A veces, caíamos sobre pobres diablos, aterrorizados por demonios interiores.

Seguí depurando mis habilidades.

Es duro estar entre multitudes. ¡Hay tanto dolor, tanta miseria!

Un día me llamaron del CNI. Ahora viajo con frecuencia al País Vasco, a Francia. Soy un sabueso. Mi rastro es el del miedo, la ansiedad, la soledad, el acoso. Una vez encontré a un secuestrado abandonado por sus secuestradores, bajo el suelo de hormigón de una nave industrial. Pero en general persigo a los que viven bajo una paranoia de clandestinidad, de ocultación, de medidas de seguridad. A veces asisto a los interrogatorios de los detenidos y les arranco información que ni ellos saben que dan. Yo no dejo marcas ni moratones, ni causo ningún dolor.

Me casé con tu padre. Mi segunda experiencia. Fracasó por la misma razón que la primera: mis poderes. Mis poderes y el amor se llevan mal.

Me resulta fácil flirtear. La otra persona es para mí como un libro abierto. Es como jugar al póker viendo las cartas del contrario. Y una noche de amor es extraordinaria cuando puedes fundirte de una manera tan total con la otra persona. Es como amar dos veces, una desde tu lugar y otra desde el lugar de tu pareja. ¿No le llaman al amor la bestia de dos espaldas? Yo era esa bestia, con dos espaldas, dos cabezas, dos bocas, no voy a decirte qué más.

Pero la vida en pareja es otra cosa. Cuando el otro se da cuenta que no tiene intimidad frente a ti, que tú estás viendo todos sus miedos, deseos, aburrimientos, por no hablar de las infidelidades de pensamiento...

Tu padre no lo soportó. Lo entendí. ¿Qué otra cosa puedo hacer? En el CNI vivo semiaislada. Algunas veces me utilizan para asuntos internos. Basta que yo asista a una reunión, para que se dispare la desconfianza. Y las amistades... La gente prefiere tratar conmigo por teléfono o correo electrónico, con distancia por medio. Pocos aceptan tomar un café conmigo de vez en cuando, o acompañarme a algún sitio. Esas personas me otorgan una confianza extraordinaria al dejar que me acerque, y yo les correspondo con la discreción más exquisita.

Pero son personas que no te importan. La persona que tú amas, la que vive contigo, ¿qué puede esperar de ti, sino que acapares de ella todo el conocimiento que puedas? El amor es un juego de equilibrios, ¿y hay algo más desasosegante que uno de ellos esté desnudo delante del otro, sin ningún espacio de reserva, de ocultación? Tu padre y yo nos separamos.

Tú, mientras tanto, habías crecido. Para un bebé es un don del cielo tener una madre extrasensitiva. Pero empezabas a ser una personita. Llegó el momento de la Primera Comunión. Discutí con tu padre para que no la hicieras. Y entonces caí en cuenta: te evitaba el trauma de un fantasma juzgador, pero ¿qué iba a ser yo en tu vida a partir de entonces, hasta que te independizaras de mí, sino una sombra perpetua controladora? ¿Qué hubiera ocurrido cuando empezaran a gustarte los chicos y te dieras cuenta de que eras transparente para mí? No hubieras podido mentirme, no hubieras podido decirme que te habías quedado a dormir en casa de una amiga para ocultarme tu primera aventura.

No, mi poder te hubiera condenado a una infancia perpetua. Hubieras acabado por escapar de mí, odiándome, después de años de sufrimiento.

Por eso me fui de tu lado.

Sólo siento no haber sido entonces capaz de inventar una mentira que engañara de verdad al corazón de una hija.

Diario íntimo de Pigmalión

Hoy hemos nacido el uno para el otro. Galatea ha llegado vestida con un vaquero y una camisa de finas rayas azul claro. Las dos prendas le ajustan bien de largo, son su talla, pero flotan alrededor de sus brazos y sus piernas.

Es tal como la había soñado, esbelta, grácil. El pelo, del color de la manzanilla, recogido atrás en cola de caballo. Los labios carnosos, pero no grandes. Los ojos, ingenuamente azules. La nariz y la barbilla, con el dibujo perfecto que sólo tienen los rostros infantiles.

Ella ha respondido a mi “*Hola, Galatea*” con otro “*Hola, Martín*”, y a mi sonrisa con una sonrisa de fresa y nata.

Dos pasos hacia ella. No me he atrevido a dar el tercero, temiendo que se espantara de mí como una gacela. He extendido mi mano y ella la ha cogido. De sus dedos, de la palma de su mano, he recibido la descarga que me ha hecho sentir tan criatura como ella. ¡Oh, qué momento gozoso!

La he llevado de mi mano por toda la casa con el entusiasmo de un niño que quiere enseñar el Paraíso. La terraza, sus vistas. El salón y la biblioteca. La cocina y todas las dependencias utilitarias. También la que será su habitación, cuando quiera aislarse. La mía está al lado.

Esta noche, a la hora de acostarse, ella se ha dirigido a su habitación. A mí me ha costado dormirme.

...

Primer día. Hemos salido juntos a pasear por el parque. Hay todavía entre nosotros dos demasiados silencios.

Hemos empezado a caminar cogidos de la mano. Al poco, yo he tenido el impulso de pasarle el brazo por encima de los hombros. Ella ha enlazado mi cintura con naturalidad, como si lo lleváramos haciendo desde siempre. Nos hemos sentado debajo de un sauce. He acercado mi boca a su oreja y le he susurrado un “*te quiero*”. Y cuando he puesto mis labios sobre su sien y su mejilla, ella ha vuelto el rostro hacia mí y nos hemos besado.

Yo hablo mucho, y ella escucha y asiente. A veces pregunta. Los patos, el estanque... Se ha acercado al agua y ha metido las manos. Yo también. Hemos jugado a mojar nos la cara con las salpicaduras.

Al llegar a casa, la he cogido de la mano y hemos entrado a mi habitación. Desnudarla por primera vez ha sido como desembalar un regalo precioso del que quieres conservar todo, hasta el papel que lo envuelve. Al desabotonar su camisa, sus pechos se han abierto delante de mí. Son tan pequeños que no necesita sujetador. Ha arqueado un poco los brazos y las mangas han caído. Ha levantado alternativamente una pierna, luego la otra, como haría un niño, y he recogido el pantalón de entre sus pies. Sus ojos acompañan a los míos cuando la recorro con la mirada, y cuando pretendo un duelo de pupilas, me desarman con su candor. Me acerco. La beso. Abre la boca si empuja con la lengua. Abre, abre... Me avasalla tanto su actitud de entrega, tan suave y dulce, tan quieta y callada, que me ha hecho dudar, al penetrarla, si seguir empujando. Al final lo he hecho, muy despacio.

Hemos dormido abrazados, ella con un ligero rubor en las mejillas.

...

Fiesta de presentación. Treinta personas. Ella ha estado impecable. Sin timidez. Sin la exaltación que a uno le invade cuando es el centro de atención. Los ha sorprendido a todos. Incluso a mí mismo.

Cuando nos han preguntado por la boda, ella ha respondido con tal precisión de detalles que yo he preferido dejar esta parte de la conversación a su cargo. Escuchándola, me han parecido más reales sus recuerdos implantados que los míos, originales y verdaderos.

Después, hemos ido a mi dormitorio. Suave, siempre suave. No quiero que se me rompa. La amo.

...

Galatea se ha convertido en la preferida de todos. No hay reunión que no cuente con su presencia tranquila y amable. Es estupendo que haya encajado tan bien.

Es curioso, no matiza el trato entre hombres y mujeres. Como si no supiera establecer esa distancia sutil que hay entre los sexos.

...

Hoy he llegado a casa deseando verla y no estaba. La he llamado, y su comunicador ha sonado en su mesilla de noche. A medianoche he empezado a hacer llamadas. Cuando me he dado cuenta que estaba transmitiendo a los conocidos una imagen de marido celoso, he dejado de preguntar.

Cuando ha regresado -muy tarde-, ella no le ha dado importancia ni a su retraso ni al hecho de haberse olvidado el comunicador. Ha notado mi enfado, mi silencio, mi sequedad. Pero no reacciona. Me deja perplejo. Hemos dormido juntos el uno al lado del otro, nada más. Yo no podía.

No es que regrese tarde por nada especial. Es, simplemente, que los amigos prolongan la diversión y ella no ve motivos para dejarlos. Luego, cuando llega a casa y me encuentra cariacontecido, se queda vacilante. No nos entendemos. Yo quiero estar con ella. Es normal que la busque y la espere. Pero ella no entiende la frustración que me causa.

La otra noche, en la oscuridad del dormitorio, rompí a llorar muy quedamente. Algo me dice que ella lo percibió. Pero no hizo nada.

...

Ayer regresó muy tarde. Con la marca de unos labios en el cuello. Ella me lo ha contado con esa sencillez que me desarma. Roberto la traía de vuelta. Han dado un rodeo de una hora o más por su apartamento. Eran las dos y media cuando ella ha llegado a casa.

He pasado toda la noche llorando en mi habitación. Ella, mientras tanto, dormía apaciblemente en la suya. ¿Cómo es posible que ocurra una cosa así y de esta manera?

...

Ha sido muy incómodo hablar con el ingeniero de Pigmalión-SRC. Lo ilegal de esto me deja sin ninguna garantía ni obligación por parte de ellos a darme servicio post-venta. Los únicos asideros para que me atiendan son el crédito de mi cuenta corriente y la amenaza de un escándalo.

El ingeniero me ha escuchado sin interrumpirme durante varios minutos. He acabado con esta pregunta, retórica e irónica.

— ¿Ella me quiere?

— Digamos que “ella” ha sido programada para complacerle.

— ¿Complacerme? Tengo la sensación de estar con una autista.

— No. Una autista no aceptaría el contacto físico, ni siquiera una caricia con la mano. No digamos una penetración vaginal.

Me dio asco oírle hablar así después de los circunloquios y rodeos que yo había utilizado para describir nuestra intimidad.

— Técnicamente, un robot es un psicópata, no un autista -concluyó.

Me asusté. El ingeniero continuó:

— Tranquilo. Nunca le hará daño. Está programado para complacer.

— Sí, tan complaciente que cualquiera que pase a su lado...

— Sí, claro. Su respuesta sexual es automática. Si el ambiente es adecuado, basta un beso, una caricia, para despertar su aquiescencia. Aquiescencia, esa es la palabra. Bueno, también pasa con algunas personas... humanas. Si quiere evitarlo, ya sabe, vigílela.

— No es eso. Yo no quiero ser su guardián,. Yo quiero que ella sienta que su infidelidad me duele, que sienta mi deseo de ella y mi sufrimiento por ella. Ella no siente.

— “Ella” sufre.

— ¿Sufre?

— A su manera. Cuando no consigue complacer, cuando percibe malestar, “ella” se perturba. Porque no es el resultado que espera y no entiende por qué. Hay, incluso, un pequeño riesgo de que estas situaciones de conflicto deterioren su mecanismo. Porque en algún lugar de su interior hay un cúmulo de energía, una pequeña chispa que no se canaliza adecuadamente, que fluye circularmente sin encontrar la salida.

— Pero eso es un defecto de fabricación...

— No, no lo es. Nosotros fabricamos el producto con arreglo a las especificaciones del contrato. A día de hoy la robótica no es capaz de mejorar el producto. Para dar salida a esa energía, a esa estasis de sufrimiento, deberíamos ser capaces de proporcionarle conciencia y libre albedrío. Ningún fabricante lo ha hecho ni lo hará: el Gobierno vigila para que nadie lo intente siquiera. Como no podemos, simplemente hemos reforzado su circuitería interna, dimensionando los componentes y circuitos hasta la última soldadura para que resistan lo que en definitiva no será más que un sobrecalentamiento. Ahora bien, si usted nota que sus movimientos se vuelven torpes, o su hablar no es fluido o se vuelve incoherente, en fin, cualquier anomalía, ya sabe cuál es el procedimiento para desconectarla. Debe hacerlo para impedir daños.

— Pero ese procedimiento, es como matarla.

— Por el tiempo que usted quiera. Luego, le da al botón y voilá, a funcionar. Eso le dará tiempo para analizar la situación que le produce estrés y tratar de corregirla. Procure que no sufra.

— Pero entonces, el que tiene que sufrir soy yo. Es... terrible.

— Bueno, en último extremo Pigmalión-SRC admite que devuelva el robot a fábrica. Le reembolsaremos el ochenta por ciento de lo pagado.

— No, no es eso. Es terrible querer la felicidad de otra persona y sufrir por no saber cómo conseguirlo.

— Es un robot. Devuélvalo y dormiré tranquilo.

— ¿Y qué ocurrirá con ella?

— Será reconvertida para otros usos. Reprogramada. Su rostro y su figura serán modificados, obvio, para que pase por un robot normal.

No he aceptado. Yo la quiero. Quiero seguir viendo su sonrisa de fresa y nata, ahora que sé que detrás de su expresión incierta, insegura, hay un alma perdida entre la niebla, que no acababa de nacer.

Sufriré. Tendré que beberme muchas veces mis propias lágrimas, y hacerlo sin que ella me vea.